

EL PAVO REAL Y LA FUENTE

FÁBULA

La fuente mana oculta entre laureles,
al borde del peñón. Su linfa clara
murmura suavemente en los regueros,
que dan vida a las flores y a las plantas,
como la sangre al cuerpo
le da vida y pujanza.

Un pavo real, de cola primorosa,
subido en un laurel, mira en las aguas
la fina gallardía de sus formas,
que el iris matizó de ricas galas,
el brillo de sus ojos de azabache,
y su gentil cabeza coronada,
pensando que Dios puso allí la fuente
tan solo para que él se contemplara
el pecho de zafiros
y el cuerpo de esmeraldas.

Impaciente de ver que aquel espejo
con leve escalofrío riza el aura,
lanza su desarmónico graznido,
gritando con su voz más destemplada:

— ¡Callen los elementos envidiosos
y, extáticos, contemplen la fantástica
pompa de mi plumaje que tachona
la púrpura imperial! ¡Quietas las aguas,
que van a hacer las plumas de mi cola
su corona de flechas enjoyadas!

Calló el viento, la linfa de la fuente,
suspendió su murmurio hipnotizada:
dejaron de mecerse los laureles;
irguió el pavo su cola en la enramada,
y, cuando se miraba embelesado
de ver tanta belleza, gracia tanta,
sopló el viento furioso

y el ave cayó al agua,
entre el coro de risas que entonaron
las linfas, los laureles y las auras.

¡Que pena...! De la fuente sale el pavo,
después de breve lucha con las aguas,
con las plumas pegadas a su cuerpo,
y en su gentil cabeza coronada
ya no miran sus ojos de azabache
con aquella arrogancia que miraban.

No te envanezcan nunca las riquezas,
la alcurnia, los honores ni las galas;
que puede ser que el viento de tu dicha
se trueque en otro viento de desgracia.

No creas que en el mundo Dios te puso
para ser distinguida y admirada;
para que en el espejo de la vida
contemples tu belleza y arrogancia.

No te envanezca el mérito que debes
a cualquier circunstancia afortunada;
que si Dios te colmó de beneficios,
prodigando su mano soberana
sobre tí la belleza, los honores
y todas las riquezas que te ufanan,
fué para que imitases a la fuente,
que, oculta en el rincón de la montaña,
murmura suavemente en los regueros,
dando vida a las flores y a las plantas,
como la sangre al cuerpo
le da vida y pujanza.

GRACIÁN D' ORELLANA.

NOSTALGIA DEL CAMPO EXTREMEÑO EN PRIMAVERA

Hacia Portugal morado,
ique aromáticas sus olas
levantando estará el campo!
Lo tengo como una mancha
ante mis ojos flotando,
círculos de azul oscuro
entre respuntes dorados.
Resuena en la caracola
de mi sangre su milagro
con un ritmo de luz único.
Mi corazón va descalzo
pisando las emociones

de recuerdos empolvados.
Imágenes encendidas
vienen con pico afilado
a picotear mi carne,
pasto de mi tierra, pasto
levantado como un humo
que finge el ocaso mármol,
pero que ha de ser opaca
quemada por tus veranos,
mientras mi sangre golpea
su aldbón desesperado.

EUGENIO FRUTOS.

VIDA Y HECHOS

Invitación a la soledad

Debo a ALCÁNTARA la modesta aportación de unas líneas más. No deja de ser una invitación, insoslayable, pues tan de alto viene, que mi nombre modestísimo figura entre los prestigiosos que forman su cuadro de colaboradores.

Tan lejos me voy hallando de ese narcisismo espiritual que es, en su imperfección, sello de inmadurez, que la sincera humildad con que juzgo mi actividad literaria, si me da por una parte consoladora esperanza de madurez, por otra me embaraza y me da rubor—aquél «jose-antoniano» rubor de las exhibiciones—.

Pero bien merece un poco de esfuerzo el honor recibido y heme aquí, lápiz en mano y el alma a punto. Estoy sentado sobre un peñasco limpio, donde acostumbro a venir cuando quiero cargarme de infinito. Del purísimo azul de un cielo recién lavado, por una línea indefinida y lejanísima, traigo mis ojos a la llanura ancha y solemne que comienza a florecer—¡cuánto es de flor este verde!—de esperanza. El mundo y yo en la mejor de las soledades; el mundo y yo en el más elocuente de los diálogos. Hermosa soledad de hermosa compañía. Está conmigo el mundo que es ese respetuoso silencio que me permite escuchar el soplo de mi respiración, el batir reposado de mi pulso, aunque me traiga a compás para recuerdo no más de su presencia, la canora inquietud de los pájaros, el lechoso balido de un corderillo, el andariego cascabeleo de los rumiantes; el mundo, que es la belleza grandiosa de ese cielo purísimo y esa tierra una y múltiple, solemne y variada; con sus manchas verdosas de trigales, oscuras de encinares, blancas de caseríos; movidas ahí más cerca, de rebaños y milagrosas aguas, llovidas, Señor, a fuerza de deseos; allá tranquilas y serenas, ganando el cielo mientras huyen limitaciones de espacio y tiempo. Tras unos días de bullicio ciudadano encuentro nuevo el inefable placer de diluirme en la serena majestad del espectáculo, y, reflejo de su serenidad augusta, se me queda el alma—ahora sí que lo es de veras—remansada, con un regusto de paz, que bien vale por el mejor de los sueños. «Qué bien hallado estoy con mi ausencia»—me tintinea muy dentro un delicioso cosquilleo.—

«Pero qué bien hallado me encuentro, porque ésta mi soledad de ahora es auténtica, cierta y salvadora soledad», me cantan aquellos procesos psicológicos un día sobrecogidos por la angustia de aquella otra soledad hurdana contra la que dramáticamente me revolví otros días. Soledad voluntaria contra la soledad impuesta; soledad con orillas contra la soledad sin límites; soledad serena contra la soledad temible; soledad clara y abierta, contra la soledad en carátula; soledad acompañada, contra la soledad en abandono; soledad viva y vivificante contra la soledad muerta y mortificante...